

zoma; pero contra toda expectativa, lo recogido era bien poco, no siendo ni siquiera igual á lo perdido en las puentes la Noche triste. Los blancos aquejaban á los indios para sacarles dineros; los oficiales reales, con intento de sacar un buen quinto para el rey, hacían todas las pesquisas imaginables para descubrir el paradero de los metales preciosos, sin conseguir que méxica alguno diera el menor indicio acerca de ello. De aquí disgustos que daban motivo á diversas hablillas. Decíase que los aliados se llevaron el oro, principalmente los de Texcoco, Huexotzinco, Cholollan y Tlaxcalla; se creía que los que andaban en los bergantines habían robado buena parte; muchos pensaban que Cuauhtemoc tenía escondido el tesoro. Este último supuesto se acreditó en el vulgo, y como los mayordomos del rey insistían en no haber otra riqueza que la que en manos de los oficiales reales estaba, se pedía con instancia se diese tormento á Cuauhtemoc á fin de hacerle descubrir en dónde estaba oculto el oro. No aparece con evidencia quiénes fuesen los autores de esta bárbara determinación. Asegura Bernal Díaz que Cortés lo resistió con todo empeño, mirándose al fin obligado á consentirlo; en efecto, decíase que en su poder tenía la recámara de Motecuhzoma, cuyo hecho no quería se pusiese en claro; afirmábase que defendía al rey por estar de acuerdo con él para apropiarse todo lo reunido, y así otras proposiciones semejantes: el tesorero Julian de Alderete insistía con más empeño que ninguno, ya para cumplir con su obligación, ya para mortificar al general y descubrir completamente la verdad.

En mala hora se procedió á la ejecución. Cuauhtemoc y Tettlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, fueron puestos al tormento, que consistió en quemarles piés y manos. (1) El rey, con inquebrantable constancia sufrió los dolores, sin cambiar la serenidad de su rostro; Tettlepanquetzaltzin, próximo á sucumbir, volvió tristemente los ojos al monarca, como para pedirle licencia de revelar el secreto ó suplicarle que él lo hiciese: fijóle airadamente la vista Cuauhte-

(1) "e asy mismo vido despues quel dicho D. Fernando Cortés dio tormentos e quemava los piés e las manos al dicho Guatimuza porque le dixese de los thesoros e riquezas de la cibdad e que lo sabe por queste testigo como doctor e medico que suro muchas vezes al dicho Guatimuza por mandado del dicho D. Fernando, e sabe este testigo quel dicho D. Fernando traya mucha diligencia por saber del dicho thesoro." *Residencia, Cristóbal de Ojeda, tom. 1, pág. 126.*

moc, dirijiéndole secamente estas palabras: "Estoy yo en algun deleite ó baño?" (1) avergonzado el señor de Tlacopan, recobró esa indiferencia estoica con que los valientes saben burlar las crueldades de sus enemigos, y murió en el tormento. Tarde para la gloria de D. Hernando fué quitado del brasero el emperador azteca, porque aquella acción imprimió una fea mancha en la memoria del conquistador, á quien no puede defenderse con que era débil para contener á la soldadesca; en momentos más difíciles había sabido tenerle á raya é imponerle su poderosa voluntad. (2) Vista la inutilidad del procedimiento y conocida la fealdad del hecho, los soldados echaron la culpa sobre sus superiores, como éstos la pusieron á cuenta de aquellos, buscando todos disculpa.

Muchos dijeron que Cuauhtemoc fué quitado del tormento, porque confesó que cuatro ó diez dias ántes de ser preso, había mandado arrojar á la laguna así la artillería y armas quitadas á los castellanos, como todo el tesoro que había en México: (3) sea de ello lo que fuere, el rey fué sujetado á la cuestión contra todas las promesas que se le hicieron al constituirse prisionero, quedó lisiado por

(1) Gomara, Crón. cap. CXLV. Esta frase parece ser realmente la pronunciada por el rey, siendo más verdadera y auténtica, aunque ménos poética que la adoptada despues por los autores. "¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?"

(2) "y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia del oro." Bernal Díaz, cap. CLVII.—"Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia, como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel: mas él se defendía conque se hizo á pedimento de Julian de Alderete, tesorero del rey, y porque pareciese la verdad; ca decían todos que tenía él toda la riqueza de Moteczuma, y no quería atormentalle porque no se supiese." Gomara, Crón. cap. CXLV.—Hernando Cortés mandó quitar á Quatimoc del tormento con imperio y despecho, teniendo por cosa inhumana y avara tratar de tal manera á un rey: y de lo hecho se excusaba diciendo, que había sido importunado, requerido y aun amenazado de Julian de Alderete, tesorero del rey, que le imputaba que había escondido aquellas riquezas, y abiertamente le pedía que le hiciese dar el tormento y con insolencia lo solicitaba, &c."—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada lib. IV, cap. CIII.—"200 Item: si saben quel tormento que se dió á Guatimuza para que dixese adonde estaba el thesoro de Montezuma, fué á pedimento de Xulian de Alderete, thesorero que á la sazón hera de S. M., deduciendo quel dicho Guatimuza sabia de dicho thesoro, i lo habia, porque se descubriese á donde estaba, porque viniese á poder de S. M." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 382.

(3) Bernal Díaz cap. CLVII.—Gomara, Crón. cap. CXLV.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.

vida, y fué más tarde á morir ahorcado en un país lejano. Como acabamos de ver, Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, sucumbió en el tormento. En cuanto á Coanacohtzin, rey de Texcoco, permaneció preso en el real de Xoloc, desde el día que fué cautivado por su hermano; los grillos le llagaron los piés, de lo cual compadecido Ixtlilxochitl, ocurrió á D. Hernando pidiéndole la libertad del preso. Respondió Cortés, que habiendo dado cuenta del suceso al rey de Castilla, no podía disponer ninguna cosa hasta no conocer la voluntad real; pero que si tan lastimado estaba el cautivo, diese algun oro por su rescate, el cual se enviaria al emperador D. Carlos V, y éste lo tendría por bien. Ixtlilxochitl mandó traer de Texcoco cuanto de tesoro quedaba en los palacios de su abuelo, de su padre y suyo propio, y le presentó al general; mas este respondió que era poco para rescate de tan gran señor. Segunda vez envió Ixtlilxochitl á Texcoco, logrando recoger de los parientes y amigos mayor cantidad, que contentó por fin al general. Coanacohtzin fué puesto en libertad, trasladándose á Texcoco, en donde sus súbditos le recibieron con lástima y lágrimas, al verle tan enfermo, flaco y maltratado, curándole de sus llagas. (1) Tal fué el término de los reyes de la triple alianza, sometidos á los blancos, no obstante las pomposas promesas que se les hacían convidándoles con la paz.

Custodiado por algunos castellanos, Cuauhtemóc habia sido conducido al lugar en que estuvo su palacio, y del fondo de una alberca de agua, honda, fué sacado un sol de oro como el que habia sido regalado por Motecuhzoma y muchas joyas y piezas de poco valor. El señor de Tlacopan dijo, que en unas casas suyas, cuatro leguas distantes de su capital, tenia cierta cantidad de oro, que allá le llevasen y diría en dónde estaba enterrado; en efecto, le condujeron Pedro de Alvarado y seis soldados, entre los cuales se contaba Bernal Díaz, mas al estar en el lugar designado, el señor afirmó, que por morir en el camino habia dicho aquello, que le matasen porque no tenia oro ni joyas ninguna, y así se tornaron como fueron. Muchos buenos nadadores se arrojaron al lugar de la laguna en que se decía que Cuauhtemóc habia echado el tesoro, y no encontraron cosa ninguna; más feliz Bernal Díaz y otros compañeros, sacaban siempre algunas pecezuelas, las cuales les fueron demandadas por

(1) Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 54—55.

Cortés y el tesorero Alderete. Estas dos personas acudieron con diestros nadadores, alcanzando extraer cosa de cien pesos en cuentas, collares y figurillas, cosa ínfima segun corría la fama de la riqueza ahí depositada. Todo lo recogido finalmente, fundido y hecho barras, montaba la cantidad de trescientos ochenta mil pesos. (1) A esto se redujo en último análisis el extraordinario tesoro, que tan negros afanes costó á los españoles, y tanta sangre y lágrimas á los indios: desvaneciése como el humo, dejando descontenta á la codicia.

Mirando los soldados lo poco de lo recogido, se dirijieron á Cortés por medio de Fr. Bartolomé de Olmedo, de Alonso de Ávila, llegado á la sazón de Santo Domingo, de regreso de su procuracion, (2) de Pedro de Alvarado y de otros capitanes, dándole á entender que pues tan corta cantidad habia de oro, todos se darían por contentos con que se repartiese á los lisiados en la guerra, mancos, cojos, ciegos, estropeados; no decían aquesto de buena fé, sino de hecho pensado para ver cómo procedía el general, pues sospechaban de él que lo tenia escondido todo: mas el astuto Cortés ne se dejó sorprender, respondiendo, vería la cantidad que á cada uno tocaba, y en ello pondría remedio. Urgiendo los soldados por saber á cuánto les tocaba, llegaron á entender correspondía á cien pesos á los de á caballo, siendo menores en proporcion las cuotas á los peones de las diferentes clases de escopeteros, ballesteros y rodeleros. Difundida la noticia en los tres reales, en todos los cuales habia enemigos del general y parciales de Velázquez, los soldados de comun acuerdo se rehusaron á tomar sus porciones, prorrumpiendo en amargas quejas contra Cortés y el tesorero Julian de Alderete. Este para disculparse decía, que no podía ser mayor suma, porque sacado el quinto para el rey, Cortés tomaba otro quinto para sí y se cobraba el costo de los caballos muertos, ademas de muchas preseas que no se ponían en el monton porque estaban destinadas al emperador; que riñesen con el general y no con él. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(2) Fué mandado por Cortés á los padres Jerónimos que en la Española gobernaban, con el duplicado de los despachos que al rey se mandaron, y rogando que por su dinero le remitiesen armas y municiones; negociara tambien la facultad de hacer indios esclavos y herrarlos, cosa que se concedió bajo reserva de la aprobación de la corte.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVII.

El palacio en que Cortés vivía en Coyohuacan, tenía las paredes encaladas y blancas. Durante la noche los quejosos escribían ahí, con carbon ó alguna tinta, pasquines en prosa ó verso, maliciosos los unos, picantes los otros y aún desvergonzados algunos. Motejaban la ambicion del general; decían que los soldados no eran los conquistadores de la Nueva España, sino los conquistados de Cortés; recordaban que Velázquez había gastado su hacienda para que la viniese á gozar D. Hernando; algun chistoso escribía: "¡Oh, que triste está el alma mía, hasta que la parte vea!" Y así otras cosas, al mismo tenor. Al dia siguiente en la mañana, al salir de su aposento Cortés, que era discreto y la picaba de poeta, respondía cada mote, segun estaba en prosa ó verso: como era de esperar, cada dia iban siendo los pasquines mas desvergonzados, de manera que exasperado el general escribió en la pared: "Pared blanca, papel de necios:" junto á lo cual apareció puesto á la siguiente mañana, "Y aún de sábios y verdades." Recreó tanto la burla, que Fr. Bartolomé de Olmedo aconsejó al general tomase una providencia, lo cual se hizo prohibiendo las escrituras bajo muy severas penas. (1)

La cantidad repartida ascendió á ciento treinta mil castellanos; de ellos cupieron de quinto al rey veinte y seis mil, además el quinto de los esclavos. Con intento de hacer muy valiosa la porcion del monarca, se juntaron multitud de piezas raras ya por su valor, ya por la forma, ya por la manufactura. Fueron éstos, "plumajes, ventales, mantas de algodón y mantas de pluma, rodela de mimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro. Muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las más, de como quemar las conchas para sacarlas y aún para comer la carne. Sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas con una esmeralda fina, como la palma de la mano, pero cuadrada y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadero; unas como aves, otras como peces, otras como animales, otros como frutos y flores; y todas tan al vivo que había mucho que ver. Diéronle asimismo muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hom-

(1) Bernal Díaz cap. CLVII.

"bres y mujeres, y algunos ídolos, y cerbatenas de oro y de plata, todo lo cual valía ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen que dos tanto. Embiáronle sin esto muchas máscaras mucaicas de pedrecitas finas, con las orejas de oro, con los colmillos de hueso fuera de los labios, muchas ropas de sacerdotes, frontales, paliás y otros ornamentos de templos, lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Embiaron tambien algunos huesos de gigantes, que se hallaron allí en Culhuacan, y tres (sic) tigres, uno de los cuales se soltó en la nao y arañó seis ó siete hombres, y aún mató á dos y echóse á la mar: mataron la otra, porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas embiaron, pero esto es lo sustancial; y muchos embiaron dineros á sus parientes, y Cortés embió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Rivera su secretario." (1)

El resto del despojo, sacado el quinto del general, fué repartido entre capitanes y soldados segun su calidad. Calculado por sus esperanzas, demasiado poco tocaba á cada peon, y poco era en realidad pues no les alcanzaba para el pago de las deudas contraídas ya por armas, ya por vestidos, ya por la cura de las heridas. Sea por la escasez de los efectos ó por la advertida riqueza de la tierra, una ballista valía cuarenta ó cincuenta pesos, una escopeta ciento, un caballo ochocientos ó mil, una espada cincuenta y lo demás al mismo tenor: el curandero maestre Juan, se igualaba á curar las heridas por precios excesivos; hacía lo mismo un Murcia que se decía médico y boticario, "y otras treinta trampas y zarrabusterias que debíamos." Cortés nombró como tasadores á Llerena y á Santa Clara, disponiendo que con los precios que pusiesen se conformasen los acreedores, y si aún con aquella tasa no fuese posible pagasen los deudores, se les esperase término de dos años. A otro artificio se recurrió para aumentar el acervo repartible y fué, poner tres quilates más de cobre en el oro fundido fuera de su verdadera ley; mas semejante fraude resultó en perjuicio comun y no en provecho, porque comerciantes y tratantes para igualar sus ganancias cargaban á sus mercaderías cinco quilates en el precio. Este fué el origen del oro llamado de *tepuzque*. (2) El metal así adulterado perdió bien

(1) Gomara, Crón. cap. CXLVI.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. I.

(2) De la palabra mexicana *tepuztlí*, cobre. "Y así agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes y de mereci-

pronto el crédito, de lo que informado el rey, mandó se pagasen con aquel oro el almojarifazgo y penas de cámara, hasta que se extinguiese. La liga se hacía á veces con tal escándalo, que fué preciso ahorcar á dos plateros, porque falseaban las marcas y echaban cobre puro. (1)

El rumor de la toma de Tenochtitlan se derramó prontamente por toda la tierra, poniendo en todos admiracion y asombro; parecía imposible hubiese sido sojuzgado imperio tan poderoso, allanada ciudad tan fuerte, vencidos tan bravos y numerosos guerreros: quienes habían rematado hazaña de tamaño precio, debían ser con razon tenidos como séres sobrenaturales. Los señores de los pueblos sujetos al imperio se apresuraron á enviar sus mensajeros ó á venir en persona á dar la obediencia á Cortés: algunas comarcas, sin embargo, se mantuvieron quietas, quedando como en acecho de lo que podría suceder. El general por su parte mandó embajadores indios á las provincias remotas ó independientes á fin de que dijese á los reyes, que pues había acabado el imperio de Motecuhzoma y había pasado á poder del rey de los cristianos, si obedecieren á éste serían bien tratados. (2)

D. Hernando, dueño ya de la tierra, desplegaba altos y grandes pensamientos: de sus primeros cuidados fué enviar emisarios en diferentes direcciones á fin de informarse de las diferentes provincias. Hacia Michhuacan mandó á un soldado llamado Villadiego, algo entendido en la lengua mexicana, con varias cosas de rescate y acompañado de algunos indios; más ni él ni ellos parecieron, creyéndose que los naturales le dieron muerte. (3)

Uno de los principales intentos del general era descubrir la Mar del Sur; "especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegacion de las Indias, han tenido por muy cierto que descubriendo por estas partes la Mar del Sur, se habían de hallar muchas islas ricas de oro, y perlas y piedras preciosas y

miento el señor D. Fulano de tal nombre, Juan ó Martin ó Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos Fulano de tal nombre, tepuzque." Bernal Díaz, cap. CLVII.

(1) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(2) Herrera déc. III, lib. III, cap. I.

(3) Herrera, déc. III, lib. III, cap. III.—Cartas de Relac. págs. 301—2.

"especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables: y esto han afirmado y afirman personas de letras, y experimentadas en la ciencia de la cosmografía." (1) Para preparar el descubrimiento, en que tiempos despues puso tanto empeño, envió dos españoles rumbo á Tecoantepec y otros dos hacia Zacatollan, dándoles por guías indios amigos. Ambas comisiones exploradoras cumplieron con su encargo, llegando hasta la costa, poniendo en ella cruces en señal de toma de posesion y retornando á Coyohuacan con amplia relacion del camino, muestras del oro de las minas y en compañía de algunos naturales de aquellas lejanas provincias. (2)

No cesaban áun los soldados de importunar á Cortés pidiéndole mayores cantidades por sus porciones, se desvergonzaban diciéndole se había cogido el oro y le pedían prestado para sacar aquella ventaja; aburrido de la situacion, determinó enviar á los alborotadores á poblar las provincias que le pareció más convenientes. La determinacion no podía ser más acertada. Aquellos hombres que habían visto disipadas sus esperanzas, aceptaban de buena gana las contingencias de una nueva conquista, en la cual pensaban desquitarse con usura de lo que habían perdido. Para determinarse á donde debían ir, se dirigían por este criterio; consultaban la matrícula de tributos de Motecuhzoma, decidiéndose por aquellos lugares de donde traían oro, había minas, cacao y mantas; parecíanles muy pobres las tierras de las cercanías de México porque, sólo tenían muchos maizales y magueyales. (3) La primera expedicion, al mando de Gonzalo de Sandoval, debía dirigirse contra los pueblos de Tuxtepec, (4) Guatuxco (Huatusco), y Aulicaba (Orizaba), hacia las costas del Golfo en el actual Estado de Veracruz: debía castigar aquellas provincias por haberse alzado cuando los castellanos fueron echados de México, dando muerte á unos sesenta ó más españoles de los de Narvaez y seis mujeres de Castilla. (5)

Mientras el alguacil mayor se disponía á marchar, llegó á Cuyoa-

(1) Cartas de Relac. pág. 302.

(2) Cartas de Relac. pág. 302—4.—Gomara, Crón. cap. CXLIX.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(4) Tochtepec ó Tuchtepec, hoy Tuxtepec en el Estado de Oaxaca.

(5) Cartas de Relac. pág. 304.—Bernal Díaz, cap. CLVII.

can el teniente de Segura de la Frontera (Tepeaca en el Estado de Puebla), informando al general que los de la provincia de Huaxyacac (Oaxaca), daban guerra á los de su demarcacion por ser amigos de los blancos; que importunado por los indios, durante el sitio de México, había ido con veinte ó treinta españoles, mas le hicieron volver más que de prisa: poca gente, sin embargo, bastaría para tomar la provincia. D. Hernando dió á Sandoval treinta y cinco de caballo, doscientos peones, con gran número de aliados indios y algunos principales méxica; el teniente de Segura de la Frontera llevó doce jinetes y ochenta españoles: ámbas partidas salieron de Cuyoacan el treinta de Octubre. (1)

Marcharon juntas hasta la provincia de Tepeyacac, en donde haciendo respectivo alarde, cada quien se dirigió á su destino. El teniente de la villa de la Frontera, marchó contra Oaxaca al frente de su division y seguido por una gran multitud de los guerreros comarcanos. Aunque los naturales mixtecos resistieron con porfia, desbaratados dos ó tres veces en récias batallas, se rindieron al fin, entregándose al vencedor. Todo esto participó el teniente á Cortés, informándole que la tierra era buena y rica en minas, en prueba de lo cual remitió singulares muestras de oro: permanecía en la provincia esperando las órdenes del general. (2)

Sandoval con su gente se dirigió á Tochtepec. Recibido de paz por los indígenas, ya aposentado en el pueblo supo que los castellanos se habían hecho fuertes en una torrecilla ó templo de los ídolos, en donde se defendieron por tres días, á cabo de los cuales perecieron al hambre, sed y heridas. Buscó al capitan mexicano que había presidido en la matanza, se apoderó de él y le hizo quemar vivo, perdonando al resto de los culpados. Cumplida así una parte de la comision, Sandoval mandó requerir á los zapotecas de una provincia distante diez leguas de Tochtepec; mas estos contestaron negativamente. Para reducirlos envió al capitan Briones, persona que parece se daba importancia con haber estado en las guerras de Italia, con obra de cien castellanos, entre ellos treinta ballesteros y escopeteros, más algunos auxiliares de los pueblos sometidos. El presumido capitan cayó en una celada que los indios le pusieron en la

(1) Cartas de Relac. pág. 305.

(2) Cartas de Relac. pág. 306.

agria cuesta de Tiltepec, por la cual subía á la deshilada y con los jinetes desmontados, teniendo que venir rodando abajo, la tercera parte de su gente herida y él mismo con un flechazo. Al tornar al campo con tan mal despacho, fué objeto de burlas de sus compañeros y del mismo comandante.

Requeridos igualmente los de la provincia zapoteca de Xaltepec, vinieron de paz hasta veinte caciques y principales, trayendo algunas muestras de oro en granos y algunas joyas. Sandoval les recibió con honra y halago, dándoles en cambio de su presente cuentas de Castilla: ellos le pidieron algunos teules para hacer la guerra á sus vecinos los mixes que mucho los incomodaban; pero Sandoval, que carecía de gente disponible despues del descalabro de Briones, respondió pediría los teules al Malinche, y entre tanto les daría diez de sus compañeros para que reconociesen los pasos y lugares por donde deberian acometer á sus enemigos. Los señores zapotecas se volvieron contentos á su tierra, dejando tres de ellos en el campamento. Con estos tres, fueron á Xaltepec un Alonso del Castillo, Bernal Díaz y otros seis soldados, no á reconocer los pasos para hacer la guerra á los mixes, sino á explorar si la tierra era rica en minas; en efecto, con los indios que tomaron de los inmediatos pueblos hicieron el lavado de las arenas en tres rios diferentes, llenando con los granos de oro encontrados, cuatro canutillos de pluma del tamaño del dedo mayor de la mano. Con aquellas muestras tornaron los exploradores á Sandoval, quien se holgó de ello creyendo que la tierra era rica. En consecuencia de aquella fama, Sandoval tomó para sí el pueblo de Huazpaltepec cercano á las minas, del cual sacó luego hasta quince mil pesos de oro; depositó en el capitan Luis Marin la provincia de Xaltepec; dió otros lugares á distintas personas, y concedió á Bernal Díaz los pueblos de Matlatlan y Orizaba, que no fueron aceptados por el cronista. Todos aquellos repartimientos resultaron despues malos, ya que los conquistadores no atendían á la bondad de la tierra, sino á los productos de ricos metales. (1)

Sandoval participó á D. Hernando el resultado de su expedicion á los veinticinco días de salido de Coyohuacan, repitiendo su informe quince dias despues, con la indicacion de que para tener segura

(1) Bernal Díaz cap. CLX.

la tierra, convendría poblar en ella. La idea pareció bien al general, quien ordenó en respuesta se fundase una villa de españoles con el nombre de Medellin. (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 206.—“Y digamos que nombró á la villa que pobló (Sandoval) Medellin, porque así le fué mandado por Cortés, porque el Cortés nació en Medellin de Estremadura.” Bernal Díaz, cap. CLX.

CAPITULO X.

D. HERNANDO CORTÉS.

Reedificación de Tenochtitlan.—Tlacotzin.—La traza.—División en manzanas.—Casas con torres.—Las atarazanas.—Sacrificios de los vencidos.—Hambre—Llegada del gobernador Cristóbal de Tapia.—Manejos de Cortés.—Los procuradores.—Conferencias—Reembarque forzado del veedor—Epílogo.

1521. Despachadas las expediciones anteriores y sabido el buen suceso de ellas, D. Hernando puso mano á la reedificación de la destruida capital azteca. (1) No sería desacertado

(1) Cartas de Relac. pág. 307.—De estas palabras, confrontadas con el aviso dado por Sandoval á los veinte y cinco dias de haber salido de Coyoacan, se infiere que la reedificación debió comenzar hacia los últimos de Noviembre. En la misma página citada dice Cortés: “de cuatro á cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitan “se va reparando, está muy hermosa” La carta en que semejante noticia se contiene, lleva la fecha de 15 de Mayo de 1522, lo cual confirma á poco más ó menos el cálculo anterior.